

“Santa María De Guadalupe”

p. 30-32

Corazón de la tierra

*La fiesta titular de los indios a Nuestra Madre
y Señora Santa María Virgen de Guadalupe*

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

198 p.

Figuras, mapas, planos, fotografías y cartas

(Historia General 40)

ISBN-978-607-30-3948-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de septiembre del 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon_tierra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SANTA MARÍA DE GUADALUPE

En el transcurso del decenio de los treinta en el siglo XVI, el arzobispo fray Juan de Zumárraga mandó construir la que se conoce como primitiva ermita en el cerro de Tepeaquilla. Este apelativo se lo dieron los españoles, así como luego lo llamaron Nuestra Señora de Guadalupe Tepeaca o Nuestra Señora de Guadalupe Tepeyac o sólo Tepeyac. Para los indios había sido y siguió siendo, indistintamente, Tepeácac, Tepeaca, Tonantzin o Tepeyácac Santa María de Guadalupe, denominaciones que aludían tanto a la ubicación geográfica como al “Santuario”, que desde mucho antes de 1521 se había destinado a la diosa de la tierra Tonantzin, cuyo nombre derivaba de la voz *tonan* que quiere decir “nuestra madre”.¹ Ahí mismo tendría lugar una de las devociones más sorprendentes por su popularidad y persistencia dedicada a la virgen María, que los hispanos veneraban como la Madre de Dios. A partir de entonces es posible constatar, en el imaginario que sobre ésta construyeron los naturales de la Nueva España, que en el ser de Guadalupe se entremezclaron ambos atributos: ser Nuestra Madre y la Madre de Dios —o de todos los dioses—, porque ese doble aspecto existía también entre las particularidades de Tonantzin desde antes de la Conquista española, según lo expone en varias ocasiones fray Bernardino de Sahagún.²

¹ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976, v. 2, p. 357.

² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas...*, t. 1, p. 74, 139, 186 y 300-302, en las que se refiere respectivamente a Cihuacóatl, Coatlicue y/o Coatlantonan.



En los veinte años sucedidos entre que fue erigida la primera ermita y 1555 no hay referencias al culto que pudo haber en ella, pero sí de su existencia y de la población originaria de su entorno. En *Diálogos y Crónica de la Nueva España*, el humanista hispano Francisco Cervantes de Salazar —escrito, según Miguel León-Portilla, en 1553— puso en boca de uno de sus personajes que en los campos de regadío que rodeaban en más de diez leguas a la ciudad “tenían asiento grandes ciudades de indios” —como Texcoco, Tlacopa, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Cuyoacán, Iztapalapan y “muchas otras”—, que contaban con “iglesias blanqueadas” desde las cuales se disfrutaba la vista de México.³ Otra fuente de primera mano es el *Mapa de México Tenochtitlan*, conocido también como *Mapa de Santa Cruz* o *Mapa de Uppsala*, que registra hacia 1550 la existencia de una “iglesia” junto al cerro del Tepeyac.⁴ Entre los años de 1555 o 1556, el arzobispo Alonso de Montúfar mandó reconstruir la primera ermita —todavía en manos de la orden franciscana— para que fuera colocada ahí la imagen de la que fue llamada Nuestra Señora de Guadalupe. La tradición que se recoge en *Anales de Juan Bautista*, escrito por varios autores indios en la segunda mitad del siglo xvi, señala que fue en el año 1555 cuando “fue mostrada Santa María de Guadalupe allá en el Tepeyac”,⁵ interpretado esto por dos estudiosos, con los que concuerdo, como que la

³ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos de Francisco Cervantes de Salazar*, Miguel León-Portilla (introd.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. vii y 71. Cervantes de Salazar se ordenó sacerdote en México en 1554 y murió ahí en 1575 siendo canónigo de la Catedral Metropolitana.

⁴ Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera, *Mapa de México Tenochtitlán y sus contornos hacia 1550*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2016, p. 81, 91, 92 y 163.

⁵ Luis Reyes García, *¿Cómo te confundes? ¿Acaso no somos conquistados? Anales de Juan Bautista*, México, Centro de Investigaciones y Estu-

imagen “se hizo del conocimiento público”.⁶ A partir de entonces “empezó a crecer la devoción de la gente”, según escribió en 1575 el virrey Enríquez de Almanza a Felipe II.⁷ Algunos atribuían ese fervor naciente a sus poderes milagrosos que habían salvado la vida de un ganadero español —aunque también se contaba que sanó indios enfermos—; otros, al hecho de que tenía un cierto parecido con la imagen de la virgen extremeña —es posible que se refiera a la que presidía el coro de su santuario de Guadalupe en España—,⁸ o a que, como recordó Joaquín García Icazbalceta, para todos los sectores sociales, incluidos por supuesto los naturales, la advocación de la ermita tenía como fundamento a la Madre de Dios.⁹

dios Superiores en Antropología Social/Biblioteca Lorenzo Boturini Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe, 2001, p. 151.

⁶ *Ibidem*, p. 55 y Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras...*, p. 21. Este último autor se inclina por la tesis de que fue Montúfar quien colocó ahí la imagen, lo cual es posible que así sucediera. Por su parte, estoy de acuerdo con Antonio Rubial cuando señala que “los obispos promocionaron imágenes milagrosas como parte fundamental de su apropiación de los espacios urbanos y diocesanos [...] porque, promover santuarios, devociones y beatificaciones, así como exaltar y ratificar prodigios, fue una parte importante de su actividad”. Creo que, en este caso, esa política se complementó con la antigua presencia en Tepeacac de la veneración a algunos dioses de la fertilidad y de los mantenimientos (en especial a Tonantzin), y con el culto sincrético, que le siguió dando dilatada vida. Véase “Íconos vivientes y sabrosos huesos. El papel de los obispos en la construcción del capital simbólico de las Episcopólis de Nueva España, (1610-1730)”, en *Experiencias y estrategias. La iglesia en el orden social novohispano*, María del Pilar Martínez-López Cano y Javier Cervantes Bello (coords.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015, p. 218.

⁷ Martín Enríquez de Almanza, “Carta a Felipe II”, en *Testimonios Históricos Guadalupeños*, Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (compilación, prólogo, notas bibliográficas e índices), México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 148-149.

⁸ *Idem*.

⁹ Joaquín García Icazbalceta, *Investigación histórica y documental sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe de México*, [1ª edición 1896], México, Ediciones Fuente Cultural, s. a., p. 30 y 39.